

por más que ella lo repugnase; y si la veía pasar no se podía contener sin fijarse en las huellas de sus pies, y besar el sitio en donde los había puesto en señal de reverencia. Si se la ocurría escribirla alguna vez lo hacía siempre de rodillas.

Principalmente el Doctor Castillo y el Maestro Lorenzana, tratando algunas veces de la perfección con que caminaba Rosa, uniformes entrambos, admiraron en ella dos cosas singularísimas. Lo primero, que en brevísimo tiempo, echando por el atajo, y casi de un salto, había llegado hasta el grado más elevado de la vía iluminativa y unitiva, sin haber tocado en la purgativa. La causa, según confesaban ambos, era el haberla prevenido la divina misericordia desde su infancia con bendiciones de dulzura. Desde entonces la habían movido é impulsado al bien fines altísimos en que casi nada terreno podía encontrarse. Lo segundo, que en aquel horrendo tormento de oscuridades solitarias de espíritu, que solamente los no experimentados dejan de tener por horribles y formidables, era tan admirable la fortaleza, ánimo y constancia de Rosa, que no sólo podía tolerar el tormento, siendo ella tan delicada, sino que suponiendo primero gran resignación y conformidad, importunaba piadosamente á Dios para que la afigiese con más trabajos; con tal que quedase siempre la victoria y el triunfo por la voluntad divina. Este modo de negación de sí misma, es de los más supremos, más finos y más de veras, y juntamente es lo más dificultoso para quien ama con tal extremo, que tiene por mayor felicidad no ser, que dejar de amar. Es fuerza confesar que esta virgen era verdadera Rosa, que no podía marchitarse; pues no pudieron deslucir su verdor, alterar su belleza y hermosura las malezas y espinas sin cuento que por todas partes la cercaban.



CAPÍTULO XVI

Goza Rosa de trato familiar con Jesucristo, con su Madre y con Santa Catalina de Sena. Delicias y consuelos que la proporcionan estas visitas.

AL alma, á quien amargan las cosas de la tierra, son dulcísimas las del cielo. Esto sucedió á Rosa, cuya conversación toda era del cielo. Algunas veces leía entre día libros espirituales y escogía con cuidado los capítulos más acomodados al tiempo que de presente corría y al afecto que más predominaba. Deteníase algún tanto en las líneas donde hallaba escrito el dulcísimo nombre de Jesús; porque en todos los ápices de los caracteres que le componen, sentía el corazón centellas y estímulos amorosos. No paraba aquí su dicha. El amante Niño, en forma muy diminuta, se aparecía á la enamorada virgen encima del libro que estaba leyendo. Luego daba algunos pasitos ligeros por el papel y tal vez con rostro sereno, tierno y dulcemente halagüeño la miraba y hacía dulcísimas caricias. Y como es Verbo y Palabra eterna, introducíase allí como objeto dignísimo de la atención y lección devota de Rosa, aquel en quien

están encerrados y escondidos todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios.

Más familiar y consolador es el regalo y favor que se sigue. Mientras Rosa se ocupaba en hacer labor, el amado Jesús se sentaba en la almohadilla, como si allí lograra especial quietud y descanso. Allí con señas y silencio hablaba al corazón de su querida esposa. Allí se reía con ella, y mirándola con ojos favorables, vista tierna y dulce aspecto, la abrasaba el alma con flechas ardientes que despedía, protestándola el amor que la tenía con todas las acciones, movimientos y ademanes, como galán divino; extendiendo hacia ella abiertos los bracitos con amagos de pedirla que la abrazase y se enlazase con su cuello. Cuales serían los sentimientos vivísimos que con estos favores se despertarían en el espíritu de Rosa, experimentando tan singulares finezas, podrá ponderarlo el que más despacio pudiere detenerse á discurrirlos. Lo que causa aquí mayor admiración es ver que Rosa tuviese entonces ojos para atender al hilo, á la aguja y la labor que hacía, y realmente los tenía; porque estos favores, regalando con tanta avenida de gustos el alma, la dejaban libre para que en todo y en parte pudiese entender en las obras exteriores. Que estas dulzuras con el divino infante, con Jesús Niño, presentado en tanta pequeñez las gozase frecuentemente Rosa, y acaso cada día, es casi seguro; como también el que si alguna vez se retardaba este favor y no venía el dulcísimo Jesús al tiempo acostumbrado, se quejaba dulcemente y con el corazón confuso, con tristeza profunda, con perplejidades y dudas, en voz baja solía entre sí lamentarse y decía celosa y santamente impaciente: «Ya se ha llegado la hora en que mi amado suele favorecerme ¡y no se acerca! Ya dió el reloj las doce y aún no ha venido. ¡Infeliz de mí, que entre penas carezco de su presencia! Feliz el alma que con mayores méritos le detiene ahora en sus brazos.» Y como el amor es naturalmente poeta, Rosa, que era tan amante, sujetaba á metro sus que-

jas, y en concertadas estancias y cadencias consonantes, cantaba como tórtola viuda, tristes y amorosas enredadas al desvío y olvido del Esposo, de este modo.

¡Ay de mí! A mi querido
¿Quién le suspende?
Tarda, y es medio día,
Pero no viene.
Mientras en otra parte
Sin mí lo pasa,
Corazón, vida y ojos
Se me desmayan.

Enfermó acaso Rosa con dolor de garganta, y luego el que por hermoso es dulce imán de los deseos, como amante y como fino se apareció á la virgen, y para entretenerla y divertiría armó un juego, convidándola á que fuese competidora. Y era el partido, que el premio de la victoria quedase al arbitrio y elección del que ganase. Comenzó luego á tirarse el dado de una y otra parte, favoreció la suerte á la virgen, ganó el juego, triunfó Rosa, y sin querer dar largas, ni que la paga fuese al fiado, ejecutó de presente y pidió al dulce Niño, jugador rendido, que pagase de contado, acordándose por dicha, de lo que tiernamente cantó la Esposa de Salomón: «Su fruto es dulce á mi garganta.» Pidió la enferma que se mitigasen los dolores de la garganta; y como tenía con que pagar de presente el Niño, cobró Rosa la deuda enseguida y sintió notable mejoría. Mas el jugador divino, dando á entender que estaba resentido, y haciendo del impaciente y mal sufrido en perder, como sentido de la adversa suerte del dado, volvió á entablar de nuevo el juego, repitió y tiró, y con más feliz mano salió al cabo victorioso y perdió Rosa aquel juego. Por lo cual quiso también pagarse de contado y cobrarse en la paciencia de la competidora vencida. Aumentáronse otra vez súbitamente los dolores que la embargaron el sueño toda aquella noche, aunque no estuvo mal entretenida en considerar si salió más gananciosa en el primer lance ó en el segundo; teniéndola el amor más apasionada y más de

parte de la gloria de su Esposo que de sí misma. Y así, tanto gozo le ocasionaba el haber sido vencida, como ser vencedora. Admiraba juntamente la dignación asombrosa de la sabiduría eterna, tan prodigiosamente representada en aquellas palabras del sabio: «Mis delicias son morar con los hijos de los hombres».

La madre de Rosa, advirtiéndole que le habían vuelto los dolores y con mayor aumento, temía, sospechando que fuese la enfermedad de cuidado y de peligro. La sosegó con prudencia y buen acuerdo la virgen, y para que del todo perdiese el miedo, con blandura y modestia descubrió el secreto, diciendo que todo era juego del divino Esposo; y en tanto que con palabras humildes refería su historia, vióla su madre trasformado el rostro, con cara de ángel, que despedía de sí brillantes resplandores; como en otra ocasión sucedió al gloriosísimo mártir San Esteban.

Deteniéndose Rosa otra vez más de lo acostumbrado en la celdilla solitaria del huerto, pues estuvo en ella casi hasta la media noche; con la fatiga, como era delicada, le sobrevino de repente desmayo y falta de fuerzas. Esperaba la virgen que pasase de pronto el accidente; pero la molestaba más de lo que había sospechado la debilidad y flaqueza del estómago. Advertía que iba en aumento la dolencia; pero como era tan entrada la noche ni se podía llamar al médico, ni ella se determinaba á inquietar á ninguno de su casa, llamando en su ayuda á quien la socorriese. Conocía la necesidad de tomar algún dulce ó unos sorbos de caldo para reforzar el estómago y cobrar otra vez las fuerzas perdidas; pero era sábado, había de comulgar en la mañana siguiente y no sabiendo de cierto si era ya media noche, no se atrevía á quebrantar el ayuno que se requiere para llegarse al altar. A cualquier parte que volvía los ojos se hallaba atajada, porque si aquel decaimiento perseveraba, no podría comulgar, ni tampoco si comía algo para fortalecerse. ¿Qué remedio entre estos dos riesgos? Acogióse Rosa con segura confianza como

acostumbraba siempre, al sagrado de su Esposo celestial, de quien David cantaba: «Que es el que socorre las necesidades todas á sazón y á tiempo.» Fióse de este médico soberano, le pidió le aplicase el remedio y lo consiguió. Pero ¿de qué modo? Como lo había logrado en otra ocasión Santa Catalina de Sena, poniéndose en contacto con el pecho adorable del Redentor. Este divino pecho, de donde manó el nectar suavísimo de la sangre y agua con que se lavaron los pecados del mundo, aplicó Cristo benignamente, no á la boca, sino al corazón de Rosa. Aquí halló esta virgen el reparo de su flaqueza, aquí el jugo vital de salud y de regalo. Que esta representación, ni fuese vana, ni sin fruto, ni puramente imaginaria, comprobólo bien el efecto. Convaleció Rosa al punto, restituyéndose al cuerpo las fuerzas perdidas, la agilidad y el brío. A la mañana pudo ir á la iglesia, fortalecerse con el pan de los ángeles, satisfacer del todo la hambre y el deseo que tenía de recibir á Cristo en el convite del altar y volverse después á casa, como si no hubiera padecido accidente alguno; experimentando con mucho gusto suyo cuánto mejores son los pechos del Esposo que el vino más generoso, como dice el sabio, y cuánta es mayor su fragancia que la que exhalan los ungüentos más preciados y más costosos. Gran dignidad por cierto la de nuestra Rosa, no sólo ser hija y discípula de tal madre y maestra como Santa Catalina de Sena, sino llegar también á ser hermana de leche. Pero hablemos de otras cosas, no menos admirables que las que hemos dicho.

En casa de una señora ilustre, después de haber pasado algún tiempo en santos coloquios, como acostumbraba Rosa, pidióla ésta licencia para retirarse un rato al oratorió. La matrona, mirando por la consideración que se debía á la virgen, mandó que la fuese acompañando una niña de siete años, hija de una esclava que tenía en su casa. Ella, en dejando á Rosa entretenida en la oración, á escondidas se fué con su ma-

dre, que estaba trabajando en otra pieza cercana al oratorio. Volvió dentro de una hora, miró si la virgen había acabado de orar y vió que el Niño Jesús estaba junto á ella, vestido con una túnica de verdegay y de púrpura, muy vistoso y muy galán. Al verle rodeado de claridad, de rayos y de reflejos, no atreviéndose á interrumpir la buena dicha de Rosa, estúvose parada algo lejos, contentándose con gozar de tan agradable espectáculo, cuyos misterios no alcanzaba en tan temprana edad. No lo dijo á nadie hasta que murió la virgen. Lo mismo la sucedió en casa de D.^a Isabel Mejía, como lo refirió su misma hija, que tuvo la dicha de verlo. Y fué el caso que se paseaba Rosa en un cobertizo secreto y retirado de su casa, y á su lado iba el Niño Jesús, á lo que parecía en la estatura, de edad de ocho años; pero el vestido era cortado de tela, de resplandores brillantes. Recreábanse los dos dadas las manos. El paso y la postura eran de dos finísimos amantes. Se decían ternezas, parándose á ciertos trechos para mirarse, como olvidados y descuidados de cuanto no era gozar de la vista dulce y conversación gustosa que entre los dos tenían. El modo de andar del divino Niño era más autorizado y grave y más magestuoso que el que suelen tener los de aquella edad; y donde quiera que asentaba el pie, saltaban luego rayos de luz.

Los celos, como son pregoneros del amor más intenso y más fino y juntamente exploradores de la afición, son por lo mismo tan poderosos, que hacen mal sufrido al amante; tanto, que aunque sea celestial el esposo, le ponen en cuidado. No admite competidor y se recela aun de una flor, si en ella se fija algo el amor de la prenda querida á quien ama. Era Rosa flor en las obras y en el nombre. Así que procuraba, poniendo en ello gran diligencia, que en ningún tiempo del año estuviesen los altares sin el adorno conveniente de flores. Para esto tenía en el jardín divididos varios cuadros y en uno de ellos muchas albahacas. Ponía en

cultivarlas, regarlas y cuidarlas todo cuidado; porque siendo el olor y el nombre que algunos le dan de planta real, le parecía que este era el tributo más á propósito para rendir homenaje al «que es Rey de los siglos invisible é inmortal». Correspondía la planta agradecida á la industria cuidadosa de su jardinera; y cuanto más pomposa y más ufana se mostraba en el huerto, tanto más alegraba á Rosa. Pero como el gozo de las flores siempre es fugitivo y breve, una mañana halló la virgen su vistosa albahaca, no sólo seca y marchita, sino del todo muerta y arrancada por las raíces. Llena de sentimiento, hasta llegó á derramar algunas lágrimas, por no poder adornar con ella en adelante el altar de su amado. Había salido apenas del jardín cuando encontró á Jesucristo, quien hablándola con afabilidad y blandura, la dijo: «¿Qué es lo que sientes? ¿qué dolor es el que penetra tu corazón? ¿Acaso yo, que soy la flor del campo, no soy mejor y más hermoso en tu aprecio que las albahacas todas y que todo el vergel florido del Paraíso? Y para que entiendas que yo solo he de ser tu albahaca, yo soy el que con estas manos la arranqué por las raíces, yo el que quebranté sus ramas, el que arrojé esas matas que has llorado por muertas. ¿Eres tú flor vistosa y amas las flores? Vesme aquí, aquí me tienes, en quien más gloriosamente podrás emplear tus amores.» Aprendió Rosa en esta lección mística el mucho amor que debía á su Esposo, pues la amaba tan tiernamente que le atormentaban los celos, aun de cosas tan indiferentes como las flores. Rosa perdía con gusto todas las flores que poblaban su jardín. Estas pruebas admirables y verdaderamente extraordinarias del amor que profesaba el Esposo divino de las almas á Rosa, hacen muy creíble la visión estática de cierta mujer religiosísima y de grande espíritu, á quien con mucha aseveración afirmó el mismo Señor en un raptó: que traía á Rosa en lo más íntimo de su corazón, porque sabía que era muy bien pagado y correspondido; y que ella le daba

también lugar en su corazón virgíneo y puro, donde él solo habitaba con tranquilidad y sosiego.

Que las visitas de la Emperatriz augustísima de los cielos fuesen muy frecuentes á Rosa, fácilmente pudo colegirse de que jamás faltó á esta virgen el consuelo precioso de la familiaridad continua con María desde los once años de su edad hasta lo último de su vida. Permanecía tanto tiempo la virgen en la capilla del Santísimo Rosario, que parece tenía hecha en ella su habitación. Allí se estaba sin poder apartarse, los días enteros; allí recibió el hábito de su Orden; allí gozó la dicha del desposorio con el tierno infante Jesús. No era pues mucho que permaneciese en ella tantas horas seguidas. Ponía todo su empeño en componer curiosamente el altar, para el que toda la parecía poco, según eran los deseos que tenía de honrar á su Reina y Señora. La pagó ésta muy bien el empeño con que la servía y obsequiaba, para lo que baste citar el caso siguiente.

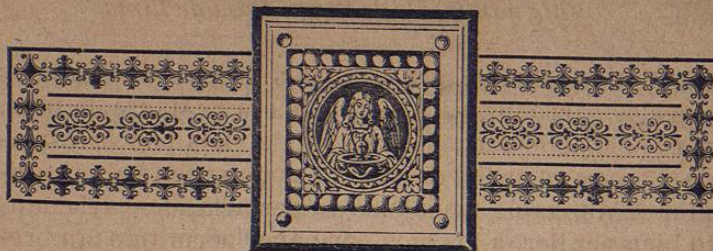
Por mucho tiempo estuvo Rosa tan desvelada y sintió en sí misma tanta dificultad para conciliar el sueño, que se pasaban muchas noches enteras sin poder lograrlo. Creció tanto el insomnio, que llegó á temerse mucho por su vida, sobre todo si se negaba á aplicarse los remedios que se la prescribieron. Fué necesario que los confesores la mandaran que tomase por la noche lechugas y otras sustancias vegetales, á propósito para llamar el sueño; señalando también el tiempo que había de gastar en dormir y la hora en que había de levantarse por la mañana. Procuraba obedecer la enferma; pero con la costumbre continuada de largas vigiliass no era puntual el sueño en acudir á la hora señalada, ni en despedirse al tiempo en que le habían mandado se levantase. Principalmente por la mañana, cuando llegaba la hora de dejar el lecho, comenzaban á obrar algo los medicamentos y llamaban al cerebro el blando y perezoso sueño. Deshacíase Rosa con escrúpulos, porque no podía despertar como quisiera al punto fijo que habían determinado los confesores.

Quejóse á la Reina del cielo, que es la verdadera Estrella de la mañana, y la puso delante su aflicción; pidiendo que le diese ayuda y socorro para vencer el importuno sueño. María Santísima, como Madre de piedad, no sólo le dió gratos oídos, sino que también quiso ser ella quien viniese á despertarla, y desde allí adelante, cuando se acercaba la hora, al punto señalado se presentaba visiblemente la Madre de Dios, y con melíflua voz llamaba á Rosa, diciendo: «Levántate á la oración, hija, levántate que ya es hora.» Despertando ella alegremente, veía cerca de sí y cara á cara, como después confesó la virgen, el astro de gloria lleno de agrado, el rostro de hermosa majestad, el paraíso de amenidad y bienaventuranza; conocía lo dulce de su voz, veneraba su presencia, preguntándose tácitamente á sí misma como la madre del Precursor: «¿De dónde me han venido esta dicha, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?» ¡Oh agradable y admirable despertador!

Sucedió una vez que viniendo al mismo oficio esta celestial Señora, estaba Rosa profundamente dormida. Era entonces el primer sueño, porque había tardado mucho en llegar; y oyendo medio entre sueños la voz y diciendo casi dormida: «Ya me levanto, Señora, ya me levanto luego», incorporóse en la cama; pero cargando el sueño y embargándola los sentidos, agravándole los párpados, se volvió á caer sobre las almohadas dormida y soñolienta sin poderlo remediar. Volvió otra vez la Despertadora Augustísima, y acercándose extendió su blanca y virginal mano, favor que hasta entonces nunca había hecho, dióla un golpe blando en un lado; movió el cuerpo con familiaridad y cariño y volvió á decirle: «Levántate, hija mía, no tengas pereza; hasme pedido que te despierte, y vesme aquí te llamo á la oración, levántate, hija mía, levántate, que ya ha dado la hora.» Mucho más suavemente sonaba en los oídos de la virgen que tal Madre la diese el nombre de hija que no el de Rosa. Cedió á la dulzura de esta voz el sueño y juntamente desapareció la Despertado-

ra soberana. Luego que abrió los ojos y despegó los pesados párpados, reconoció que era la Madre de Dios; pero sólo pudo darla alcance con la vista por la espalda, porque ya se iba desviando como quien había cumplido el amigable agasajo de despertarla. Mas ¡ay! cuanto bien perdieron los ojos por haber permitido tan breve licencia al sueño! ¡Cuanto dolor costó á Rosa aquella vez que la Reina del cielo la negase el rostro por haberse detenido con algo de pereza. Pero no es esto de extrañar, ya que los favores del cielo son muy delicados, y si se pierde la ocasión, se deslizan de entre las manos.

Desde el tiempo en que una vez Cristo, como después se supo, envió desde el cielo á Santa Catalina de Sena y la señaló y dió por Maestra de nuestra Rosa, muy frecuentemente visitó la santa á la querida discípula que tenía en la tierra, apareciéndose á ella visiblemente; de un modo especial mientras se ocupaba en leer la regla de la Maestra seráfica, que después de muchas diligencias la habían enviado de Cuzco por medio y solicitud de Fr. Juan Miguel, religioso lego de la Orden de Predicadores. La recíproca comunicación y trato de las dos vírgenes fué tan amigable y tan frecuente, que al modo que en el rostro de Moisés quedaron vislumbres del trato que tuvo con Dios en el monte por tanto tiempo; así también parece que se trasladaban los resplandores de Santa Catalina de Sena á la cara de Rosa. Estos de tal suerte perfilaron su rostro, que todo el aire y apariéncia eran de una imagen muy bien sacada de la santa, cuya copia y retrato parecía Rosa. Por esta razón comúnmente los limenses la llamaban segunda Santa Catalina de Sena, principalmente después de muerta, cuando puesta en el féretro, pudieron ver más despacio y notar con más libertad el rostro y las facciones de la difunta, que ella siempre ocultaba mientras vivía. Pero de las admirables delicias, favores y agasajos con que la seráfica Maestra obligó y acarició á su querida Rosa, hablaremos más prolijamente en sus propios lugares.



CAPÍTULO XVII

Goza dichosamente Rosa del trato familiar con su Angel de Guarda. Lucha varias veces con el demonio: queda siempre vencedora.

PRUEBA San Bernardo por aquellas palabras del pacientísimo Job: Pones, Señor, en el hombre tu corazón; que los santos ángeles son el corazón mismo de Dios. Tuvo Rosa á su santo Angel, no sólo por custodio, sino por compañero y amigo; y lo que es más, por medianero y agente, que en todo hacía encargos, por secretario de su pecho, por defensor único; para que también por este medio llegase á conocer cuán dulcemente había puesto en ella Cristo su corazón. De aquí nació el tener tan estrecha amistad con su Angel y tanta confianza y llaneza, como si fuera uno de los domésticos y familiares de su casa; hasta llegar á tenerle por correo que llevaba sus recados, cuantas veces su Esposo se detenía sin venir á visitarla á la hora acostumbrada. Entonces con familiaridad hablaba á su Angel, despachábale en busca de su